

sereno por entre las gentes de Cruz, que sorprendidas no se atrevieron á detenerlo.

—¿Quién es ese? preguntó Cruz con voz de trueno.

Rafael había llegado á la esquina, había montado á caballo y seguido de sus asistentes había pasado como un relámpago por delante de la misma puerta.

—Ese es Rafael el insurgente, contestó Margarita apoderándose de una mano de Cruz, y para quien pido favor á su excelencia.

—Qué favor si ya se ha escapado, contestó Cruz con aspereza. Lo que es ahora volvámonos á palacio, señores, dijo á los suyos, porque hemos errado el golpe.

CAPITULO XLI.

SOBRE LA BRECHA.

A la vez que Morelos se estaba presentando frente á la plaza fuerte de Acapulco con un reducido número de tropas, las que pudieran considerarse útiles para dar un asalto, Matamoros situado primeramente en Yanhuítlan en expectativa de los acontecimientos, pues que á ultimas fechas no sabia si tenia que combatir primero con las fuerzas de Haro mandadas de Puebla ó con las del gefe español Dambrini que veniam marchando muy lentamente desde Guatemala, se decidió que fuera á encontrar á este último que ya habia comenzado á hacer sus fechorias ejecutando á veinticinco infelices indios en el pueblo de Niltepec, los cuales no habian cometido de pronto otro delito que ser indios por sus cuatro costados.

Matamoros, pues, salió de Oaxaca con su division

y encontró á Dambrini que tenia ochocientos hombres bien posesionados de un lugar guarecido por peñascos inaccesibles. Despues de un dia de combates inútiles, flanqueó la posición el capitán Juan Rodriguez y el ejército realista quedó destruido.

Matamoros volvió vencedor á Oaxaca con todos los despojos del vencido, que fueron muchos, teniendo el gusto de ponerse allí la banda de teniente general que le habia ofrecido Morelos.

Era Matamoros, según refiere Bustamante, un hombre pequeño, delgado, rubio, de ojos azules, un poco picado de viruelas, con voz llana y clara, á quien no le sentaba mal el uniforme de general por mas que fuera de pocas apariencias, abrigando en todo el conjunto un espíritu realmente marcial.

Entre tanto, decíamos, Morelos habia avanzado con mil quinientos hombres sobre la plaza de Acapulco y despues que el jefe de la plaza D. Pedro Velez, le contestó: "solo los bárbaros capitulan," dió la siguiente orden general, que se resiente del estilo de la época.

"El brigadier D. Julian de Avila acometerá por el cerro de las Iguanas con la primera y cuarta compañía de mi escolta, dividiendo la gente como quien rodea el cerro y advirtiéndole que se formen ralos y no en peloton.

Lo demas ya está dicho todo: que el mariscal Galeana acometa á la ciudad metiéndose en medio de ella y del castillo. El comandante del pié de la cuesta, auxiliado de una compañía de Tlapa, atacará el

punto mas alto por donde fueren abriendo la vereda, continuándola volteando para la Quebrada. El fuego se hará muy medido, solo al bulto, guardando la pólvora.

La primera y cuarta compañía, al mandó del teniente coronel D. Felipe Gonzalez, todo sin falta y con buen orden.—*Morelos*"

Dadas así las disposiciones, fuera de otras verbales comunicadas por el caudillo independiente á sus subalternos, al romper la aurora del dia siguiente dió la señal, haciendo él mismo fuego sobre la Casa-Mata, que fué tomada despues de cinco horas de un reñido combate, con la artilleria y algunos prisioneros. Avila tomó tambien á viva fuerza el cerro de la Mina, Galeana consiguió pernoctar en Dominguillo.

El dia 7 de Abril continuó el ataque de la ciudad, ocupándose algunas casas y los puntos dominantes, entre ellos Tambuco, cerca de tierra situado frente á la isla Roqueta.

En los siguientes dias hasta el 12 continuaron los ataques parciales á los puntos que causaban mas daño con la artillería, los cuales habian ido tomándose con todas las precauciones debidas, á efecto de que ni se derramara más sangre de la necesaria, ni se gastaran las municiones imprudentemente. Por la tarde un incidente desgraciado vino á frustrar los proyectos de Morelos, que era tomar el Hospital y mezclado con los dispersos de la plaza entrar con ellos al castillo, pues que á los primeros tiros fué herido el va-

liente coronel D. Julian Ayala, que tuvo que ser llevado en camilla al Veladero.

Entonces dijo Morelos á Galeana:

—Ahora solo debemos conformarnos con ocupar el Hospital y mañana nos haremos dueños de la plaza.

Pero los sitiados habian entrado ya en desmoralizacion y empezaron á retirarse en grupos al castillo, por lo que las mismas tropas de Morelos, á pesar suyo, se precipitaron sobre la ciudad ocupándola y entregándose en ella á toda clase de desórdenes.

—Mariscal Galeana, ¡por Dios! le decia Morelos, dando muestras del mayor apuro, haga usted que siquiera una guardia de cien hombres nos sirva de respeto, porque si se aperciben en el castillo y hacen una salida nos destrozan completamente.

Poco despues volvió Galeana y le dijo:

—Señor, es imposible contener el desorden porque hasta los oficiales están embriagándose: tengo sin embargo á mi disposicion á unos diez gefes con cuatro asistentes que he traído de escolta y esperan instrucciones de vuestra excelencia.

—Yo podré disponer de otros tantos, contestó Morelos y con ellos entretendremos el fuego toda la noche para que crean los de la fortaleza que estamos alerta.

En seguida ordenó á Nicolás y Francisco, á sus ayudantes y á algunos hombres de su servicio que tomaran sus armas y poniéndose al frente de ellos marchó seguido de estos treinta ó cuarenta hombres para la plaza, tomó un cañon que situó convenientemente

y durante toda la noche estuvo con ese pequeño grupo simulando ataques, por diversos puntos, con lo cual salvó una de las situaciones más comprometidas que habia tenido en toda su carrera militar. Al dia siguiente que los españoles comprendieron la burla, hicieron salir doscientos hombres que al pronto causaron gran sorpresa entre los insurgentes; pero ya repuestos no solo resistieron sino que los fueron rechazando hasta hacerlos meterse á la fortaleza.

Si bien habia logrado ya Morelos ocupar la plaza de Acapulco con poca pérdida de hombres relativamente y en el menor tiempo que era posible, comprendió desde luego que la ocupacion del castillo demandaba tiempo para poner un sitio en toda forma, á lo cual se decidió no obstante los graves inconvenientes que existían por las razones que expuso en pláticas que tuvo á los pocos dias con Galeana á propósito de uno de los hechos heróicos tan comunes en este valiente defensor de la independencia.

—¿Qué tal le ha ido en las Ilamas, mi querido mariscal? dijo Morelos á Galeana viéndole llegar sano y salvo, por poco le hacen pasar un mal rato los del castillo, segun estuve viendo con el antejo.

—Sí, contestó Galeana, si no ha sido por el cañon y la gente que mandó vuesencia á la Cuestecita, no salgo con bien de las Ilamas.

—¿Pues cómo estuvo eso?

—Que con solo dos compañías tomé el punto para impedir la entrada del agua al castillo, pero hicieron de este una salida mas de trescientos hombres prote-

jidos por dos lanchas cañoneras y me obligaron á retirarme. A no ser por el oportuno auxilio que su excelencia me mandó, allí quedamos todos; pero ya tengo mi plan para levantar allí esta noche un baluarte como el que hice en Cuautla.

—Apruebo el baluarte, contestó Morelos, porque entra en mi plan de circunvalacion que quiero poner al castillo desde el cerro de las Iguanas y Casa-Mata, hasta el Grillo y la Bocana, pues es fuerza formalizar el sitio de modo que no reciban auxilios ni noticias de ningun lado para que se rindan.

—Considero muy difícil que lleguemos á lograr esto, porque no tenemos marina que oponer á las cañoneras.

—Es verdad, contestó Morelos con zonga; pero lo que nos falta de tales y cuales elementos, tenemos que suplirlo con la astucia. Por ejemplo, para batir el castillo con éxito, de manera de abrir brechas en los fuertes, ó por lo menos de hacer mayor daño al enemigo, necesitaríamos contar con piezas de grueso calibre

—Es verdad.

—Las tenemos en Oaxaca, pero no hay camino por donde puedan llegarnos, de modo que tenemos que suplir la falta de artillería con una mina que practicaremos, la cual nos servirá solo para intimidar á los sitiados, pues nunca seré tan bárbaro de volarlos.

—Ya me habian dicho que estaban hoy comenzando los trabajos cubiertos desde la Cuestecita.

—Estos han de llegar hasta los cimientos del cas-

tillo para poner allí unos cuantos quintales de pólvora que he mandado traer de Oaxaca.

—Me parece muy bien pensado, como todo lo que discurre su excelencia, aunque preveo que todos podemos ir envueltos en el mismo peligro de que se nos incendie la mina antes de tiempo.

Morelos se sonrió y se apresuró á contestar:

—A usted solo, en cuya discrecion confio completamente, tengo que confesarle la verdad de mi propósito: no se colocará la pólvora, aunque se hará todo de modo que á nadie quepa duda alguna, pues que llegando á oídos de los españoles se apresurarán á rendirse. Este es el ardid principal que quiero emplear en esta guerra.

—Muy bien, muy bien, dijo entusiasmado Galeana.

—Ahora como el sol quema más de lo que nosotros quisiéramos y nuestros soldados empiezan á morir de insolacion, he prevenido á todos los gefes y con usted hago lo mismo, que los cubran con enramadas, pues sabe Dios todavía el tiempo que aquí tardaremos.

—Hasta que se tome el castillo?

—O hasta que vengan tropas realistas á protegerlo por mar ó por tierra. Ahora necesito tambien decir á su señoría por qué me he resuelto á estar perdiendo un tiempo que puede ser considerado tan precioso.

—¡Oh! no es necesario que su excelencia me diga nada: todos acatamos sus disposiciones como las mas convenientes.

—Pero necesito decir á ustedes en qué las fundo para descargo de mi conciencia. Todos han de decir:

me parece que los estoy oyendo por allí y principalmente á los de la Junta: Morelos está perdiendo el tiempo mejor en Acapulco, cuando lo que pudiera hacer era venirse al centro á librar batallas y á dar impulso á la revolucion para que tenga mas pronto término. A estos les diria yo: Desengañense ustedes, nosotros no podemos organizar tropas tan buenas como las que tiene el gobierno, porque las está recibiendo constantemente de España ya listas para todo servicio, mientras que nosotros tenemos que estarlas improvisando todos los dias porque todos los dias nos las desbaratan. Seria un delirio creer que con estas milicias que nosotros tenemos, podriamos derrocar al gobierno en unos cuantos dias: esta es cuestion de cansarlo, de agotarlo, de destruirlo poco á poco, quitándole si es posible, sus principales elementos que recibe por todos los puertos. El dia en que nosotros lográsemos apoderarnos de todos los puertos, aunque fuera con los mayores sacrificios, ese dia podriamos ya considerar nuestro triunfo como hecho, porque el gobierno no llegaria á recibir ningun auxilio del exterior, mientras que nosotros podriamos traer todo lo que quisiéramos de Inglaterra y los Estados Unidos. Por eso me he empeñado en esta empresa que parece descabellada. ¿Para qué quiere Morelos ese viejo castillo? se preguntarán y con razón muchos de los que no ven el fondo de las cosas. Pues en primer lugar me respondo á mí mismo cuando me hago esta pregunta, porque tambien me la suelo hacer muchas veces, fuera de que siempre es bueno tener cubiertas las

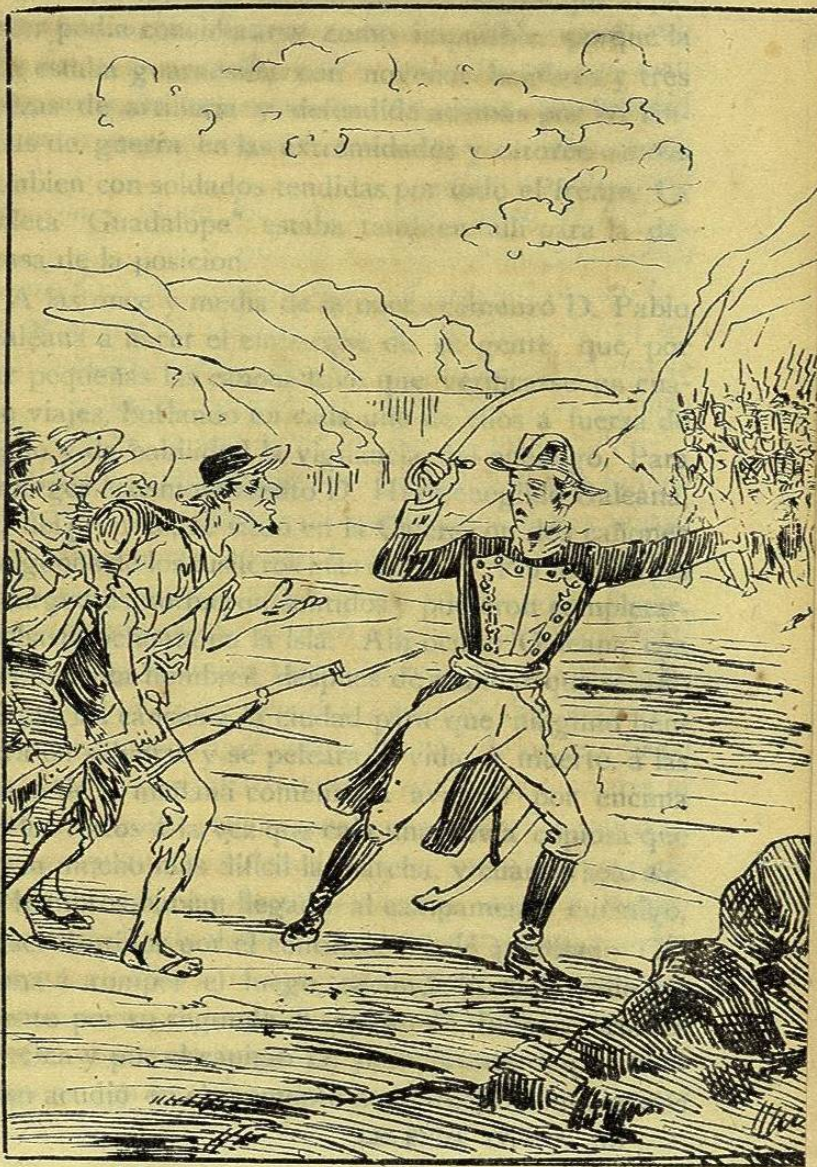
espaldas con una fortaleza bien artillada como esta, necesitamos quitar al virey los puertos por donde le entran los recursos, como le hemos quitado los del Pacífico por Oaxaca, y como Bravo le quitará ó le entorpecerá cuando menos el de Veracruz. Eso por una parte, por la otra necesitamos tener una línea completamente nuestra y bien asegurada para poder emprender otro género de operaciones, cuya línea puede quedar ocupada con los Bravo por la parte de Veracruz, que siguen avanzando aunque lentamente, y por la otra con Matamoros que es diligente y que tiene encargo de cuidar desde las orillas de Puebla hasta Tehuantepec. Entre tanto, los realistas casi tan imposibilitados como nosotros, no pueden hacernos ningun daño de importancia, y á mi juicio, contamos hasta con seis meses de respiro, para que puedan organizar tropas que tomen una ofensiva directa y activa. Pero de aquí á entonces ya los de la Junta habrán podido hacer quizás alguna cosa de provecho, y si no ellos, nosotros los de esta zona, desembarazados de los enemigos que estamos combatiendo, podremos organizar un ejército regular de ocho ó diez mil hombres que puedan operar con mejores probabilidades de buen éxito sobre Puebla y quien sabe si sobre la misma capital. Esas son las razones principales que han pesado en mi ánimo para no ir á exponer nuestros débiles elementos en una campaña en que todavia podriamos tener noventa probabilidades en contra.

—A mí, excelentísimo señor, me parece todo eso muy bien calculado.

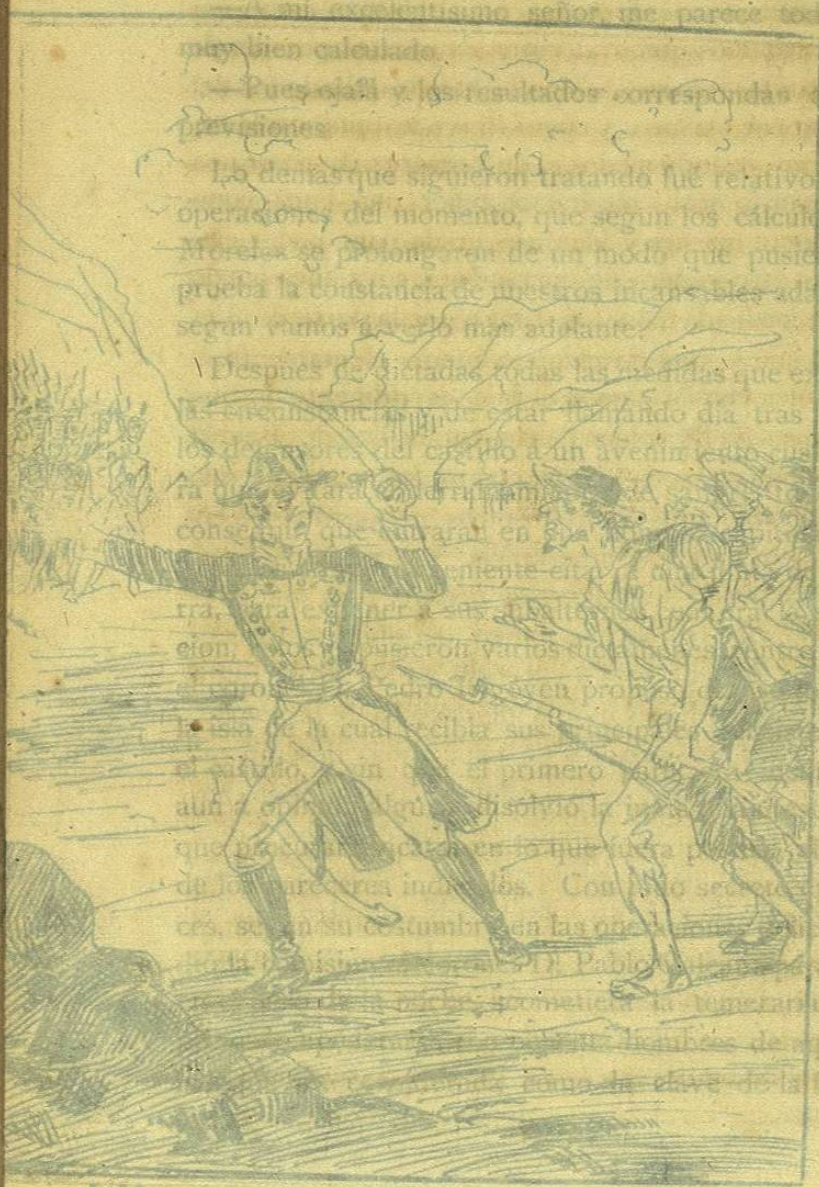
—Pues ojalá y los resultados correspondan á mis previsiones.

Lo demas que siguieron tratando fué relativo á las operaciones del momento, que segun los cálculos de Morelos se prolongaron de un modo que pusieron á prueba la constancia de nuestros incansables adalides, segun vamos á verlo mas adelante.

Despues de dictadas todas las medidas que exigian las circunstancias y de estar llamando día tras día á los defensores del castillo á un avenimiento cualquiera que evitara el derramamiento de sangre, todo sin conseguir que entraran en una honrosa capitulacion, Morelos creyó conveniente citar á una junta de guerra, para exponer á sus subalternos cuál era la situacion, estos expusieron varios dictámenes y entre otros el coronel D. Pedro Irigóyen propuso que se tomara la isla de la cual recibia sus principales subsistencias el castillo, y sin que el primero pareciera inclinarse aun á opinion alguna, disolvió la junta manifestando que procuraria acatar en lo que fuera posible, alguno de los pareceres indicados. Con todo secreto entonces, segun su costumbre en las operaciones delicadas, dió la comision al coronel D. Pablo Galeana para que en el peso de la noche acometiera la temeraria empresa de apoderarse con ochenta hombres de aquella isla que era considerada como la clave de la fortaleza.



—¡A las peñas! gritó el gefe del punto á sus soldados.



—A mi excelentísimo señor me parece todo esto muy bien calculado.

—Pues así y los resultados correspondían a mis previsiones.

Lo demás que siguieron tratando fue relativo a las operaciones del momento, que según los cálculos de Morelos se prolongaron de un modo que pusieron a prueba la constancia de nuestros incansables soldados según vamos a verlo más adelante.

Después de hechas todas las medidas que exigían la situación, se dio el primer día tras día a los soldados el ejemplo a un avechero que se quería ir para el campamento sin conseguir que se fuera en su dirección.

tra, que se iba a dar el primer día tras día a los soldados el ejemplo a un avechero que se quería ir para el campamento sin conseguir que se fuera en su dirección.

ción, que se iba a dar el primer día tras día a los soldados el ejemplo a un avechero que se quería ir para el campamento sin conseguir que se fuera en su dirección.

ción, que se iba a dar el primer día tras día a los soldados el ejemplo a un avechero que se quería ir para el campamento sin conseguir que se fuera en su dirección.

ción, que se iba a dar el primer día tras día a los soldados el ejemplo a un avechero que se quería ir para el campamento sin conseguir que se fuera en su dirección.

Hé aquí cómo se verificó aquella hazaña que al parecer podía considerarse como imposible, porque la isla estaba guarnecida con noventa hombres y tres piezas de artillería y defendida además por las lanchas de guerra en las extremidades y catorce canoas también con soldados tendidas por todo el frente. La goleta "Guadalupe" estaba también allí para la defensa de la posición.

A las once y media de la noche comenzó D. Pablo Galeana a hacer el embarque de su gente, que por ser pequeñas las canoas tuvo que verificarse en cuatro viajes, burlando en cada uno de ellos a fuerza de sigilo y de habilidad la vigilancia del enemigo. Para proteger este movimiento D. Hermenegildo Galeana, tío del primero, se situó en la Calera con dos cañones y algunos de los fusileros más diestros. Por fortuna los insurgentes no fueron sentidos y pudieron completarse hasta ochenta en la isla. Allí oculto Galeana con sus ochenta hombres, después de mandar que se volvieran las canoas a la ciudad para que ninguno pensara en salvarse y se peleara a vida ó muerte, a las cinco de la mañana comenzó a avanzar por encima de los riscos a la vez que caía una lluvia copiosa que hacía mucho más difícil la marcha, y cuando solo siete hombres habían llegado al campamento enemigo, al ser sentidos por el centinela se vió precisado Galeana a romper el fuego, secundado muy valientemente por su segundo el capitán D. Isidoro Montes de Oca y por el capitán D. Juan Montero que también acudió en el momento más preciso con algunos

mas de su gente. El motivo porque no llegaban todos reunidos era porque para trepar á las peñas tenían que ser ayudados unos soldados con otros subiéndose en peso, pues los sitios que eligieron para dar el golpe fueron los mas escarpados para tomar el flanco del enemigo.

—¡A las peñas! gritó el gefe del punto á sus soldados luego que se vió acometido.

Y efectivamente, hizo que su gente se replegara á los peñascos que tenían á la espalda en donde se hicieron fuertes, pero Galeana sin desconcertarse, exclamó á su vez de modo que todos le oyeran:

—Que avancen cien hombres por el frente, doscientos por la derecha y que el grueso de la columna cargue por la retaguardia del enemigo..... Pronto, pronto, capitán Montero, á coger la retaguardia.

Con estos gritos y con haber aparecido algunos hombres por la playa, los realistas se desconcertaron á tal punto que empezaron á huir hácia las lanchas, logrando ocupar algunas y salvarse rompiendo los cables; pero no obstante, Galeana logró coger cincuenta prisioneros con sus respectivos fusiles. Cayeron en su poder además tres cañones y siete cajones de parque, lo mismo que todo el hospital que tenia allí el ejército realista. La goleta armada en guerra lo mismo que otras embarcaciones, fueron abordadas inmediatamente por Galeana que acudió á todo sin atrojarse, tomando buena cantidad de viveres y municiones.

Este hecho, que puede reputarse de grande importancia no solo por el modo atrevido con que se veri-

ficó, sino porque debía considerarse casi como decisivo para el éxito de la empresa, fué solemnizado ruidosamente en la ciudad.

Interrogando Morelos á uno de los prisioneros del castillo hecho en una de las escaramuzas anteriores sobre el estado que aquel guardaba, le contestó:

—Excelentísimo señor, segun he oído decir, han sentido la pérdida de la isla porque les proporcionaba leña y protejia la entrada de los víveres; pero de estos y de aquella hay todavía para dos años.

—Pues entonces estaremos aquí peleando tres hasta que se rindan, le contestó Morelos y le mandó que se retirara.

Siendo así que la lleva todavía muy despacio el Señor Cura, tambien nosotros lo dejaremos empeñado en su magna empresa para ocuparnos de otros acontecimientos.